

Sospecha perpetua. La maquinaria narrativa.

Daniel Guebel

Una novela es un dispositivo condensador de deseos, impulsos, apariciones repentinas y elecciones del azar, que muchas veces son determinaciones no registradas. *Paranoia* no escapa a ese signo. Nada de lo que aparece en el libro, salvo la presentación de los dos personajes que nacen en la primera página, corresponde a una idea de plan. Pero a medida que crece y se desarrolla, la novela empieza a organizarse en una trama enredada y asfixiante, regida por la sospecha, la mentira, el fraude, el espionaje, donde se descubren y desplazan y mutan las identidades políticas, familiares y sexuales de los personajes. Como en *Paranoia* no existe un narrador omnisciente sino primeras personas que presentan versiones parciales de la historia y que comparten la voluntad de organizar, entender y “cerrar” una explicación unívoca de los acontecimientos, esa buscada verdad se escapa, es resbalosa, inapresable. Todo lo que se entiende y explica es el fragmento de un rompecabezas, consecuencia

de una serie de descubrimientos sucesivos y cambiantes que iluminan retrospectivamente los hechos previamente narrados. Y de ahí el título.

Paranoicos son los personajes, paranoico se vuelve el autor de la novela, que a su escala realiza las mismas operaciones de sus personajes ¡y lo bien que la pasa él también cuando sigue el funcionamiento del libro y descubre las alternativas a medida que lo escribe! Así, en ese cruce erótico de niveles, vive a su manera lo que sus personajes, que en el amor encuentran decepción, mentira y engaño, en la acción política oportunismo y conspiranoia, y en las peripecias familiares y sexuales una cinta de Moebius donde las relaciones circulan sin fin. Es que el delirio es una máquina narrativa que funciona a la perfección si mantiene su marcha acelerada, si se detiene todo cae, y en esa marcha encuentra explicaciones o desespera por encontrarlas, y cuando las encuentra es solo a condición de perderlas.

En una novela de género, policial, existe un “principio de revelación” que construye un orden. Hallada la respuesta posible, que lleva por nombre el crimen cometido y el del

criminal, el sentido queda fijo y se expone como una mariposa clavada con alfileres en un corcho. En esta novela, en cambio, el sentido se desplaza siempre y toda verdad es provisoria, una costura, una interpretación, una impostura. Las soluciones son visiones precarias y fracturadas y cualquier explicación es una justificación o una excusa que nunca termina de ser ni dada ni creída ni comprendida: se pasa de la ilusión de la cura al incremento de la enfermedad; de la salud mental al enloquecimiento del universo sentimental, que se presenta como una excluyente y absorbente y con su fantasma: el tercero excluido que asoma. En ese universo de la enfermedad amorosa, la infidelidad es el gran disparador de signos y el despertador de la lectura paranoica, porque lo que se descubre, se sospecha, se intuye o se inventa, siempre se lee bajo la figura del acierto súbito que hace coincidir multitud de signos desperdigados. La paranoia es la psicopatía más inteligente porque obra de manera detectivesca, cierra la investigación con una verdad presunta que es un horror para el detective que es a la vez el cornudo, y que en su

compuesto rompecabezas nunca termina de encontrar la pieza central: “¿Por qué me hicieron eso? ¿Qué es lo que tiene el otro que yo no tengo? ¿Por qué a mí?”.

*Paranoia*, entonces, es un sistema de persecución de verdades evanescentes, una máquina de sospechas que sólo se termina con el corte de la narración. Y ese corte ocurre cuando el sistema ha entregado de manera exhaustiva (y queda exhausto por ello) la evidencia de que su funcionamiento es infinito.